

LA ESCRITURA DEL TERRITORIO AMERICANO

CARLOS MATA INDURÁIN,
ANTONIO SÁNCHEZ JIMÉNEZ
Y MARTINA VINATEA (EDS.)



CON PRIVILEGIO . EN NEWYORK . IDEA . 2019

INSTITUTO DE ESTUDIOS AURISECULARES (IDEA)
COLECCIÓN «BATIHOJA», 58. SERIE PROYECTO ESTUDIOS INDIANOS (PEI), 14

CONSEJO EDITOR:

DIRECTOR: VICTORIANO RONCERO (STATE UNIVERSITY OF NEW
YORK-SUNY AT STONY BROOK, ESTADOS UNIDOS)
SUBDIRECTOR: ABRAHAM MADROÑAL (CSIC-CENTRO DE
CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES, ESPAÑA)
SECRETARIO: CARLOS MATA INDURÁIN (GRISO-UNIVERSIDAD DE NAVARRA, ESPAÑA)

CONSEJO ASESOR:

WOLFRAM AICHINGER (UNIVERSITÄT WIEN, AUSTRIA)
TAPSIR BA (UNIVERSITÉ CHEIKH ANTA DIOP, SENEGAL)
SHOJI BANDO (KYOTO UNIVERSITY OF FOREIGN STUDIES, JAPÓN)
ENRICA CANCELLIERE (UNIVERSITÀ DEGLI STUDI DI PALERMO, ITALIA)
PIERRE CIVIL (UNIVERSITÉ DE LE SORBONNE NOUVELLE-PARÍS III, FRANCIA)
RUTH FINE (THE HEBREW UNIVERSITY-JERUSALEM, ISRAEL)
LUCE LÓPEZ-BARALT (UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO, PUERTO RICO)
ANTÓNIO APOLINÁRIO LOURENÇO (UNIVERSIDADE DE COIMBRA, PORTUGAL)
VIBHA MAURYA (UNIVERSITY OF DELHI, INDIA)
ROSA PERELMUTER (UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA AT CHAPEL HILL, ESTADOS UNIDOS)
GONZALO PONTÓN (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA, ESPAÑA)
FRANCISCO RICO (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA,
ESPAÑA / REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, ESPAÑA)
GUILLERMO SERÉS (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA, ESPAÑA)
CHRISTOPH STROSETZKI (UNIVERSITÄT MÜNSTER, ALEMANIA)
HÉLÈNE TROPÉ (UNIVERSITÉ DE LE SORBONNE NOUVELLE-PARÍS III, FRANCIA)
GERMÁN VEGA GARCÍA-LUENGOS (UNIVERSIDAD DE VALLADOLID, ESPAÑA)
EDWIN WILLIAMSON (UNIVERSITY OF OXFORD, REINO UNIDO)

Impresión: Ulzama Digital.

© De los autores

Financed by the Leading House for the Latin American
Region (project «Latin American Humboldtianism:
Scientific Expeditions and Their Impact in Latin American
Linguistic and Literary Thought», SMG1721).

ISBN: 978-1-938795-61-9

Depósito Legal: M-28010-2019

New York, IDEA/IGAS, 2019

AMÉRICA QUIJOTIZADA EN LOS
DIARIOS DE CRISTÓBAL COLÓN

Jordi Aladro
University of California, Santa Cruz

Si puedes creer, al que cree todo le es posible
(Marcos, 9, 23)

*En un lugar de la Mancha*¹, cuyo nombre no sé, y en algún lugar de la provincia de Génova, *cuál fuese o qué nombre tuvo el tal lugar no me consta la verdad dello*², no ha mucho tiempo que vivían un viejo hidalgo y un intrépido navegante. Un buen día se propusieron llevar a cabo un determinado proyecto vital: hacer realidad un imposible. El hidalgo manchego se hizo caballero andante, restableciendo la antigua Orden de Caballería; el navegante genovés pretendía llegar a las Indias atravesando el Mar Tenebroso y encontrar el Paraíso Terrenal³.

¹ Cito por *Obras completas* de Miguel de Cervantes, ed. de Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas, versión digital de Eduardo Urbina, 1997.

² Las Casas, *Historia de las Indias*, p. 28.

³ Ver Manzano, 1976.

Nuestros protagonistas, dos personajes sin antecedentes⁴, se considerarán dos elegidos que han de cumplir una misión. Para ello, siguiendo la tradición judeocristiana (Saulo de Tarso-San Pablo), será necesario que se autobauticen. De ahí una de las razones de la preocupación constante de Colón por su propio nombre. Hasta tal punto esta manía obsesionó al genovés que, en el transcurso de su vida, deliberadamente cambió varias veces su caligrafía y firma. También Alonso Quijano se irá llamando indistintamente don Quijote de la Mancha, el Caballero de la Triste Figura, el Caballero de los Leones, etc., hasta llegar a Alonso Quijano el Bueno. Razón tenía José Ortega y Gasset al afirmar que: «Se olvida demasiado que el hombre es imposible sin imaginación, sin inventarse una figura de vida, de idear el personaje que va a hacer. El hombre es novelista de sí mismo, original o plagiarlo»⁵. Sus nuevos nombres determinarán la voluntaria búsqueda de su propia personalidad en un naciente destino:

Puesto nombre, y tan de su gusto a su caballo, quiso ponérsele a sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino a llamar Don Quijote [...]. Pero, acordándose que el valeroso Amadís no sólo se había contentado con llamarse Amadís a secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria, por hacerla famosa, y se llamó Amadís de Gaula, así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya y llamarse don Quijote de la Mancha (I, 1).

Suele la divina Providencia ordenar que se pongan nombres y sobrenombres a las personas que señala para se servir conformes a los oficios que les determina cometer, según asaz parece por muchas partes de la Sagrada Escritura. Llamose, pues, por nombre Cristóbal, conviene a saber, *Christum ferens*, que quiere decir traedor o llevador de Cristo, y así se firmaba él algunas veces; como en la verdad él haya sido el primero que abrió las puertas deste mar Océano, por donde entró y él metió a estas tierras tan remotas y reinos hasta entonces tan incógnitos, a nuestro Salvador Jesucristo [...]. Tuvo por sobrenombre Colón, que quiere decir poblador de nuevo, el cual sobrenombre le conviene en cuanto por su industria y trabajos fue causa que descubriendo a estas gentes, infinitas ánimas dellas, mediante la predi-

⁴ Muy poco es lo que sabemos de la vida de Alonso Quijano. En 1892, conmemoración del IV Centenario del Descubrimiento, hubo una exposición de retratos del Almirante en Chicago; la exposición reunió 71 cuadros —entre ellos el más conocido: el de Sebastiano del Piombo—, de los cuales ninguno era verdadero. Ver Guillén, 1952 y Alpoite, 1992 (capítulo «Colón, el hombre que nunca existió»).

⁵ Ortega y Gasset, 1941.

cación [...] hayan ido y vayan cada día a poblar de nuevo aquella triunfante ciudad del cielo. También le convino porque de España trujo el primero gente para hacer colonias⁶.

Cristóbal Colón y don Quijote pasarán privaciones y humillaciones de todo tipo, tendrán que sacrificar su existencia, que, por otra parte, solo tiene sentido para ellos como el vehículo que les permite perseguir el ideal. Son, ante todo, el emblema de la fe, de la fe en algo eterno, inmutable, de la fe en la verdad superior al individuo, en la verdad que no se revela fácilmente, que les exige un culto y unos sacrificios, y que no se da sino tras larga lucha y una abnegación sin límites. Con acierto señala Todorov que «cuando se dice que Colón es creyente, el objeto importa menos que la acción: su fe es cristiana, pero uno tiene la impresión de que, aunque fuera musulmana, o judía, no hubiera actuado de otra manera; lo que importa es la fuerza de la creencia misma»⁷. Lo mismo podemos decir de don Quijote.

El problema de don Quijote y Cristóbal Colón es tener una visión de la realidad distorsionada por lo que imaginan ver, visión desfigurada y acentuada por culpa de lo que han leído. Nos ayudará, para nuestro propósito, recordar el funcionamiento de la imaginativa, y para hacerlo nadie con tanta autoridad como Juan Luis Vives, ejemplo de humanistas:

Así como en las funciones de nutrición reconocemos que hay órganos para recibir los alimentos, para contenerlos, elaborarlos y para disfrutarlos y para distribuirlos y aplicarlos, así también en el alma, tanto del hombre como de los animales, existe una facultad que consiste en recibir las imágenes impresas en los sentidos, y que por esto se llama imaginativa; hay otra facultad que sirve para retenerlas, y es la memoria; hay una tercera que sirve para perfeccionarlas, la fantasía, y por fin, la que las distribuye según su asenso o disenso, y es la estimativa [...]. La función imaginativa en el alma hace las veces de los ojos en el cuerpo, a saber: recibe imágenes mediante la vista, y hay una especie de vaso con abertura que las conserva; la fantasía, finalmente, reúne y separa aquellos datos que, aislados y simples, recibiera la imaginación (*De anima et vita*, I, X).

La imaginativa es en el alma la receptora de lo que perciben los sentidos, y la fantasía es la facultad que perfecciona las imágenes del alma, de tal manera que si el manchego y el genovés tienen desarreglada la

⁶ Las Casas, *Historia de las Indias*, pp. 28-29.

⁷ Todorov, 1987, p. 24.

imaginativa, han de percibir las imágenes adulteradas y su fantasía perfeccionará el espejismo: «A nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veía o imaginaba le parecía ser hecho y pasar al modo de lo que había leído» (I, II). No es de extrañar que vean sirenas, cíclopes, hombres con rabo y hocico, gigantes en lugar de molinos, castillos donde hay ventas, la bacía de un barbero transformada en el yelmo de Mambrino, etc. No son los sentidos los que engañan a don Quijote y a Colón, es en el paso de lo sensorial a lo anímico donde las imágenes que perciben resultan totalmente distorsionadas. Ellos “ven”, pero ajustan y transforman lo que ven.

Son los libros de caballerías los modelos literarios en los que creará ciegamente don Quijote, el *Amadís de Gaula* como modelo indiscutible, el prototipo de los caballeros andantes; *Don Belianís*, quien en opinión del cura tenía «necesidad de un poco de ruibarbo para purgar la demasiada cólera suya»; *Tirante el Blanco*, «un tesoro de contento y una mina de pasatiempos»; y *Palmerín de Inglaterra*. No es casualidad que estos cuatro libros sean de los pocos que se salvan del fuego en el escrutinio de la librería del hidalgo. Don Quijote será y vivirá como un calco viviente de los héroes de sus lecturas, pero su error —aquí la parodia cervantina— es no darse cuenta de que sus modelos son personajes imaginarios. La identificación de lo imaginario con lo real remite a don Quijote a la lectura. Don Quijote nace y vive de la lectura. La razón cede ante la lectura y acaba aceptando su dictado, es una creación voluntarista que tiene por finalidad hacer posible una misión. Entonces exclamará don Quijote: «Píntola en mi imaginación como la deseo» (I, 25). La realidad existe porque existen caballeros andantes, y no viceversa, y las cosas han de amoldarse a esa realidad para que don Quijote lleve a término sus hazañas. Si no fuera así, ¿quién liberaría a los perseguidos, quién haría justicia a los ofendidos, quién defendería a los indefensos? Don Quijote tiene que metamorfosear el mundo, leyéndolo, para cumplir su destino.

Cristóbal Colón estaba *picado* de la misma *manía* —términos de Huarte de San Juan al definir el ingenio— que don Quijote: la verdad de la lectura. Colón no sospechó que aquellas tierras que tenía enfrente de sus ojos eran un nuevo continente para los europeos. Sintomáticamente, lo primero que hace Colón al pisar tierra es describir a sus habitantes y el color de su piel y eso le permite saber en qué lugar del mundo se encuentra «andan todos desnudos como su madre los parió, y también las mujeres, aunque no vide *más de una* farto moça, y todos los que yo vi eran mançebos, que ninguno vide de edad de más de XXX años, muy bien hechos, de muy fermosos cuerpos y muy buenas caras,

[...] d'ellos son de color de los canarios, ni negros ni blancos» (Jueves, 12 de octubre de 1492)⁸. El color de la piel de los habitantes de aquellas tierras es la prueba de que no se halla en el hemisferio sur, pues él sabía por los comentarios de Ptolomeo que cuanto más al sur más negros son los habitantes.

Durante mucho tiempo las acomodó al objetivo de su proyecto inicial y las identificó como la costa oriental de Asia. Además de la Biblia y de Ptolomeo (en la versión latina de alguno de sus comentaristas), cuatro son los textos fundamentales en que se configura la imaginativa de Colón: *Imago mundi* del cardenal Pedro de Ailly (Petrus de Alliaco), publicado entre 1480 y 1483, *La historia natural* de Plinio en versión italiana de 1489, la *Historia rerum ubique gestarum* de Eneas Silvio Piccolomini (papa Pío II), y los *Viajes de Marco Polo* publicados en 1485. Conservamos los cuatro manuscritos con unas 2.125 anotaciones que Colón hizo en los márgenes de estos ejemplares, lo cual demuestra la atención con que los leyó⁹. Colón va a las *Indias* sabiendo de antemano lo que va a encontrar, una imagen leída de la realidad que le espera. De esta manera, la novedad no aparece como algo relevante en sus escritos¹⁰. Él conocía muy bien, porque había leído, las maravillas de Quinsay —nombre que Marco Polo dio a la ciudad de Kin-See— y que figuraba en el mapa de Toscanelli: «más todavía, tengo determinado de ir a tierra firme y a la ciudad de Quinsay» (domingo, 21 de octubre de 1492); de Çipango, «que creo que deve ser Çipango, a la cuál ellos llaman Colba [Cuba]»; de Zaitón —ciudad marítima muy alabada por el veneciano—, «qu'esta es tierra firme, y qu'esoy ante Zaitoó y Quinsay» (jueves, 1 de noviembre de 1492). También la naturaleza se verá afectada por este proceso de lectura, es decir de ficcionalización: «los cuales [los indígenas] después venían a las barcas de los navíos, a donde nos estavamos, nadando, y nos traían papagayos» (jueves, 11 de octubre de 1492), «y los indios que traía en el navío tenían entendido qu'el Almirante deseava tener algún papagayo» (jueves, 13 de diciembre de 1492). Como es sabido los papagayos venían de la India, de ahí el interés de Colón en llevarlos a la Península,

⁸ Colón, *Textos y documentos completos*, p. 62.

⁹ Ver Morison, *Journals and Documents of the Life and Voyages of Columbus* (1963) y *El libro de Marco Polo anotado por Cristóbal Colón*, ed. de Juan Gil (1987).

¹⁰ «[El procedimiento de Marco Polo] esencialmente consistía en no ver sino lo ya visto y lo que se deja identificar o clasificar: todo lo inédito, por consiguiente, no aparece examinado o representado como tal, por su novedad descriptiva, sino como un aspecto, un uso o una amalgama de objetos conocidos» (Cioranescu, 1967, p. 63).

confirmando haber llegado a la costa oriental de Asia. Por lo tanto no hubo sorpresa, ni descubrimiento, y la historia le robó su nombre:

Colón descubre un nuevo mundo. Ahora bien, él no acepta la realidad de este mundo tal como le viene dada, sino que, como es natural, la acomoda a unos conocimientos previos y a un criterio propio, desde el que procede a su interpretación. Este enfoque subjetivo de la realidad se refleja de manera muy clara en algo tan elemental como las palabras con que describe lo que ve, o mejor dicho, lo que cree ver. Existe, en efecto, un claro desajuste entre la capacidad cognoscitiva y el mundo circundante, que tiene por consecuencia, según es sabido, que Colón oiga cantar el ruiñeñor o vea mastines y branchetes en unas islas en las que jamás han existido¹¹.

Veamos más ejemplos de la *realidad de la lectura* para Colón en el proceso ficcionalizador-identificador entre lo que ve y lo que leyó¹². Colón ve «comehombres» y «hombres perro» con hocico porque antes los había visto Marco Polo; en otras palabras, Colón mira al nuevo continente con los anteojos del mercader veneciano. En el cuarto viaje: «[Reino de Dragoyam] [...] gallinas muy grandes y la pluma como lana vide hartas; leones, cierbos, corços y otro tanto y assí aves. Cuando yo andava por aquella mar en fatiga, en algunos se puso heregía que estávamos enfechizados, que oy día está en ello. Otra gente fallé, que comían hombres»¹³. Leemos en Marco Polo: «Cuando los habitantes de aquella región capturan a algún extranjero, si no pueden pagar rescate, lo matan y se lo comen»¹⁴. Colón anota en el margen de su ejemplar: *comen a los hombres*.

Marco Polo describe: «[Reino de Suguy] Son hombres cruelísimos sobremanera. Cuando matan en combate a un enemigo, beben su sangre y comen su sangre»¹⁵. Colón vuelve a anotar: «comen carne humana». Y Colón, el domingo 4 de noviembre de 1492: «Entendió también que lexos de allí avía hombres de un ojo y otros con hoçicos de perros que comían hombres, y que en tomando uno lo degollavan y le bevían la sangre y le cortavan su natura»¹⁶. Y en otra ocasión, lunes 26 de no-

¹¹ Colón, *Textos y documentos completos*, p. XXXVI.

¹² Para un cotejo de los textos que leyó Colón y su “realidad” en los textos colombinos ver Morison, 1963, Manzano, 1976 y el excelente trabajo de Pastor, 1983.

¹³ Colón, *Textos y documentos completos*, p. 291.

¹⁴ *El libro de Marco Polo anotado por Cristóbal Colón*, p. 141.

¹⁵ *El libro de Marco Polo anotado por Cristóbal Colón*, p. 127.

¹⁶ Colón, *Textos y documentos completos*, p. 89.

viembre de 1492: «Toda la gente que hasta oy a hallado diz que tiene grandísimo temor de los de Caniba o Canima [...] temiendo que los avían de comer, y no les podía quitar el temor, y dezían que no tenían sino un ojo y la cara de perro»¹⁷. En Marco Polo: «En esta región [en el reino de Lambri] hay una cosa muy de maravillar: existen muchos hombres que tienen cola como los perros, de un palmo de longitud; estos hombres con rabo no habitan en las ciudades, sino en los montes. Hay también muchos unicornios y otros muchos animales a maravilla»¹⁸.

En el tercer viaje, sin duda el más delirante, para probar que la tierra que tiene enfrente es parte de la India, Colón hace el siguiente razonamiento:

Y a confirmación de dezir qu'el agua sea poca y qu'el cubierto del mundo d'ella sea poco, al respecto de lo que se dezía por autoridad de Ptolomeo y de sus secuaces, a esto trae una auctoridad de Esdrás, del 3 libro suyo, adonde dize que de siete partes del mundo seis son descubiertas e la una es cubierta de agua; la cual auctoridad es aprovada por sanctos, los cuales dan auctoridad al 3 e 4 libro de Esdrás, así como es San Agustín e San Ambrosio en su Examerón¹⁹.

Colón se autoconviene de su realidad por la autoridad que le otorgan los libros, los cuales nunca se equivocan, especialmente si son bíblicos, y unidos a la agregada autoridad de los Padres de la Iglesia: «El día passado, quando el Almirante iba al río de Oro, dixo que vido tres serenas que salieron bien alto de la mar, pero no eran tan hermosas como las pintan, que en alguna manera tenían forma de hombre en la cara» (miércoles, 9 de enero de 1493); «de la isla de Matinino dixo aquel indio que era toda poblada de mugeres sin hombres» (domingo, 13 de enero de 1493). Pero sin duda su lectura más quijotesca es la que se refiere al Paraíso Terrenal. Pedro de Ailly lo había situado en una calurosa región más allá del ecuador: «concluyendo, dize el Almirante, que bien dixeron los sacros theólogos y los sabios philósofos que el Paraíso Terrenal esté en el fin de Oriente, porque es lugar temperadísimo. Así que aquellas tierras que agora él avía descubierto, es —dize él— el fin del Oriente»

¹⁷ Colón, *Textos y documentos completos*, p. 107.

¹⁸ Marco Polo, *El libro de Marco Polo anotado por Cristóbal Colón*, p. 141, en cuyo margen ha anotado Colón: «hombres con cola» y «unicornios».

¹⁹ Es muy interesante la conjunción; aunque Colón no era un humanista, sus autoridades aquí siguen el orden de prioridades del humanismo: a) fuente clásica; b) fuente bíblica; c) patristica.

(jueves, 21 de febrero de 1493). Colón *tropieza* con algo sorprendente: la desembocadura del Orinoco y el color claro de la piel de sus habitantes; el genovés tiene dos alternativas: la empírica, es decir, explorar el nuevo y desconocido fenómeno, o encerrarse en su camarote y buscar la explicación en sus habituales autoridades librescas. Opta por lo segundo y así, apoyándose en las Escrituras y en el *Imago mundi*, afirma:

Fallé que [el mundo] no era redondo en la forma qu'escriven, salvo que es de la forma de una pera que sea toda muy redonda, salvo allí donde tiene el peçón que allí tiene más alto, o como quien tiene una pelota muy redonda y en un lugar d'ella fuesse como una teta de muger allí puesta, y qu'esta parte d'este peçón sea la más alta e más propinca al cielo, y sea debaxo la línea equinoçial, y en esta mar Oçcéana, en fin del Oriente (*Carta a los Reyes*, 31 de agosto de 1498).

En este pezón, la alta montaña de Ailly, nacen los cuatros ríos bíblicos y Cristóbal Colón no duda en identificarlo con el lugar donde él cree que se encuentra el Paraíso Terrenal: «La Sacra escritura testifica que Nuestro Señor hizo el Paraíso Terrenal y en él puso el árbol de la vida, y d'él sale una fuente de donde resultan en este mundo cuatro ríos principales: Ganges en India, Tigris y Eufrates y [Nilo]», afirmando a continuación: «Grandes indicijs son estos del Paraíso Terrenal porqu'el sitio es conforme a la opinión de estos sanctos e sacros theólogos; y asimismo las señales son muy conformes, yo jamás *leí* ni oí que tanta cantidad de agua dulce fuese así dentro y vezina con la salada». Una vez más la lectura se ha impuesto a la realidad. La fe en su proyecto y en las autoridades que la sustentan es encomiable, pero no lo son sus consecuencias, como bien señala Beatriz Pastor:

Desde el momento mismo del descubrimiento, Colón no dedicó sus facultades a ver y a conocer la realidad concreta del Nuevo Mundo sino a seleccionar e interpretar cada uno de sus elementos de modo que le fuera posible identificar las tierras recién descubiertas con el modelo imaginario de las que estaba destinado a descubrir²⁰.

²⁰ «Colón se aplicó a llevar a cabo este proceso de identificación con una voluntad y una constancia mucho más notables si se tiene en cuenta la gran diferencia que existía entre su fabuloso arquetipo y la realidad que contemplaba cotidianamente en sus recién descubiertas Indias. Esta voluntad de identificación del Nuevo Mundo con las míticas tierras mencionadas por Ailly, Marco Polo y las demás fuentes de su modelo, se manifiestan en los escritos colombinos desde los primeros relatos y descripciones del Nuevo Mundo que aparecen en el diario del primer viaje y en la Carta de Santágel, hasta la úl-

Cuando los modelos literarios le fallan como fuente se impone la palabra-ley de Colón que se sabe el elegido, que cree poseer el conocimiento —¡peligrosa palabra! El Almirante superará todos los impedimentos materiales —la realidad— gracias a un voluntarismo determinista, existencial, y de esta manera, hacia el final de su segunda expedición se desentiende de verificar si Cuba es una isla o tierra firme y ordena que todos juren que: «ciertamente no tenía duda que fuese la tierra-firme y no isla; [con] pena de diez mil maravedís por cada vez que lo que dijere cada uno que después en ningún tiempo el contrario dijese de lo que ahora diría, e cortada la lengua; y si fuese grumete o persona de tal suerte, que le daría cien azotes y le cortaría la lengua» (*Juramento sobre Cuba*, junio de 1494)²¹. Si don Quijote dijo: «Yo sé quién soy», bien podría haber dicho Colón: «Yo sé lo que veo». Juramento grotesco que nos recuerda el episodio, no menos grotesco aunque más inocente, en el que don Quijote, después de haber descablado a varios arrieros y haberles infundido «un terrible temor», es armado caballero. El miedo al castigo o a la violencia hace que los marineros y la gente de la venta se conviertan en cómplices de la «ficción» de los dos «locos», afirmándolos, así, en su realidad-locura.

Juntos también en la insensatez y en la derrota —no podía ser de otra manera—, la realidad se les impuso al sueño. Colón regresará a la Península, después de su tercer viaje, encadenado; don Quijote volverá a su aldea, en su segunda salida, enjaulado y finalmente, en la última, derrotado. Ambos morirán poco tiempo después tras una angustiada melancolía:

—¡Ay! —respondió Sancho, llorando—. No se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo, y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía (II, 74).

Cristóbal Colón, fracasado, desprestigiado, aislado en su destierro en Jamaica, escribe:

Yo estoy tan perdido como dixe. Yo he llorado fasta aquí a otros. Aya misericordia agora el cielo y llore por mí la tierra. En el temporal no tengo solamente una blanca para el oferta, en el espiritual he parado aquí en las Indias de la forma que está dicho: aislado en esta pena, enfermo, aguardan-

tima descripción que hizo de América en la carta a los reyes que escribió desde Jamaica al final de su cuarto viaje» (Pastor, 1983, p. 47).

²¹ Cit. en Todorov, 1987, p. 31.

do cada día por la muerte y cercado de un cuento de salvajes y llenos de crueldad y enemigos nuestros, y tan apartados de los Sanctos Sacramentos de la Sancta Iglesia, que se olvidará d'esta ánima si se aparta acá del cuerpo. Llore por mí quien tiene caridad, verdad y justicia (*Relación del cuarto viaje*, Jamaica, 7 de julio de 1503)²².

Lo valioso en las vidas de don Quijote y Cristóbal Colón no son sus victorias y descubrimientos, ya que no sufrieron más que descabros y fracasos, sino la ciega fe en su misión, es decir la fe en ellos mismos como individuos; comenta Ortega y Gasset que:

Es un hecho que existen hombres decididos a no contentarse con la realidad. Aspiran los tales a que las cosas lleven un curso distinto: se niegan a repetir los gestos que la costumbre, la tradición, y en resumen, los instintos biológicos les fuerzan a hacer. Estos hombres llamamos héroes. Porque ser héroe consiste en ser uno, uno mismo²³.

Fe inalterable en su destino, en ellos mismos y en la misma fe: «San Pedro cuando saltó en la mar anduvo sobr'ella en cuanto la fee fue firme. Quien toviera tanta fee como un grano de paniso le obedecerán las montañas» (*Carta a los Reyes*, Cádiz o Sevilla, 1501). Los contratiempos, burlas, pedradas, sus propios errores —consecuencia de una lectura mística de textos donde lector y libros se transforman en una sola entidad ficcionalizadora del mundo— no serán impedimento alguno, sino todo lo contrario, para que don Quijote y Colón perseveren en su proyecto vital. Su constancia, su agustiniano «*volo ut intelligam*», el voluntarismo en su ideal son superiores a las adversidades de la realidad: «Aquí se puede notar la gran constancia y también la certidumbre de su descubrimiento, qué viéndose con tanta repulsa y contradicción, afligido y apretado de tal necesidad [...], no quiso blandear en cosa alguna, sino con toda entereza perseverar»²⁴.

Con todo lo expuesto, lejos de mí decir que Cervantes se inspiró en Cristóbal Colón para crear a don Quijote²⁵, pero sí cabe resaltar una serie de paralelismos, a veces sorprendentes, entre los espíritus del hidalgo manchego y el navegante genovés. De ahí la doble perspectiva

²² Colón insiste hasta el final de su cuarto viaje en que había llegado a la India, aunque a un lugar poco concurrido.

²³ Ortega y Gasset, 1970, p. 132.

²⁴ Las Casas, *Historia de las Indias*, p. 167.

²⁵ Wasserman, 1930, p. 58.

de la realidad y la fantasía común en Cervantes y el material de Indias. Sabemos que el gran novelista se sentía atraído por las Indias e intentó en 1590 obtener un cargo vacante; sabemos también que los conquistadores leían con afán los libros de caballerías, tan amados por don Quijote²⁶, y por eso no es de extrañar que Bernal Díaz del Castillo en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, una de las crónicas más ajustadas a la realidad, describa su visión de Tenochtitlan-México en términos quijotescos: «Nos quedamos admirados y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís».

Lo cierto es que Alonso Quijano y Cristóbal Colón, al inventarse una figura de vida, antepusieron a sus nombres un *don* y un *Almirante*, y que descubrieron dos nuevos espacios para Europa, uno real: América, y otro ficticio: la novela moderna.

BIBLIOGRAFÍA

- ALPONTE, Juan María, *Cristóbal Colón. Un ensayo histórico*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.
- CASAS, fray Bartolomé de las, *Historia de las Indias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1951.
- CERVANTES, Miguel de, *Obras completas*, ed. de Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas. Versión digital de Eduardo Urbina, Texas A&M University, Center for the Study of Digital Libraries, 1997.
- CIORANESCU, Alejandro, *Colón, humanista*, Madrid, Prensa Española, 1967.
- COLÓN, Cristóbal, *Textos y documentos completos*, ed. de Consuelo Varela, Madrid, Alianza Universidad, 1982.
- GUILLÉN, Jorge, «Vida y muerte de Alonso Quijano», *Romanische Forschungen*, 64.1-2, 1952, pp. 102-113.
- IRVING, A. Leonard, *Los libros del conquistador*, México, Fondo de Cultura Económica, 1953.
- MANZANO, Juan, *Colón y su secreto*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1976.
- MORISON, Samuel Eliot (ed.), *Journals and Documents of the Life and Voyages of Columbus*, New York, The Heritage Press, 1963.
- ORTEGA Y GASSET, José, *Meditaciones del «Quijote»*, Madrid, Revista de Occidente, 1970.
- ORTEGA Y GASSET, José, *La historia como sistema*, Madrid, Revista de Occidente, 1941.
- PASTOR, Beatriz, *Discurso narrativo de la conquista de América*, Cuba, Casa de las Américas, 1983.

²⁶ Ver Irving, 1953.

POLO, Marco, *El libro de Marco Polo anotado por Cristóbal Colón*, ed. de Juan Gil, Madrid, Alianza Universidad, 1987.

TODOROV, Tzvetan, *La conquista de América. El problema del otro*, México, Siglo Veintiuno, 1987.

WASSERMAN, Jacob, *Columbus, Don Quixote of the Seas*, Boston, Little, Brown and Company, 1930.



Estudios Indianos, 14

Uno de los temas que más ha llamado la atención de la crítica americanista ha sido el papel que tuvo el imaginario europeo para construir en América un continente quimérico que reunía gran parte de las esperanzas y miedos del viejo mundo, así como sus proyectos de dominación colonial. Tal es el influjo de esta corriente que apenas hay estudio de importancia, desde el clásico de Todorov hasta los recientes trabajos imagológicos, que no lo recabe y que no examine cómo los europeos inventaron América o (y quizás aquí está el desarrollo más importante de los últimos años) cómo los americanos adoptaron y modificaron esta invención para potenciar sus propios intereses. Este volumen, *La escritura del territorio americano*, examina esta serie de quimeras europeas en su interacción con la realidad americana y a lo largo de diversos géneros literarios (la relación de viajes o de méritos, la crónica, la corografía, el teatro cómico, la filosofía, etc.) y artísticos (la pintura mural).

Carlos Mata Induráin, Profesor Titular acreditado, es investigador y Secretario del GRISO (Universidad de Navarra) y del IDEA. Su investigación se centra en el Siglo de Oro español: comedia burlesca, autos sacramentales, Cervantes, Lope o Calderón, entre otros autores.

Antonio Sánchez Jiménez, Catedrático de Literatura Española en la Université de Neuchâtel (Suiza), es autor de varias monografías y ediciones críticas de textos áureos (Lope de Vega, Calderón de la Barca, Eugenio de Salazar, poesía española y virreinal, Leyenda Negra, etc.).

Martina Vinatea, Doctora en Filología hispánica y en Historia, es Profesora principal de la Universidad del Pacífico (Perú) y Codirectora del Centro de Estudios Indianos (CEI) / Proyecto Estudios Indianos (PEI). Últimamente investiga sobre poesía conventual femenina y del Perú virreinal.



Universidad
de Navarra

GRISO



instituto de estudios auriseculares



UNIVERSIDAD
DEL PACÍFICO